



Martín Caparrós
Horror de Buenos Aires



MARTÍN CAPARRÓS

Horror de Buenos Aires

Galaxia Gutenberg



Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2026

© Martín Caparrós, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 579-2026
ISBN: 979-13-88019-59-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Así que te inventaste
que sos poeta
y las corrés con esas
rimas berretas. Gil,
te creés un gran señor y sos un gil,
te creés un trovador y sos un gil.

Gil, ANDRÉS RIVAROLA

Muchos poetas se encuentran sin cojones
en el momento culminante del cariño:
no es problema, se escriben un versito
pa' la posteridá.

Gotán, JUAN GELMAN

I

Ella dice que no:

–No, hoy no voy a poder.

Me dice ella, y por alguna razón me suena tanto: que no, que hoy no va a poder.

–¿Y mañana?

–Mañana hablamos, Pibe. ¿No dijimos que no hacíamos planes?

Yo miro el teléfono con odio, con rencor. La culpa, al fin y al cabo, es suya, pero no puedo castigarlo como se merece: es otro de los inconvenientes de vivir en casa ajena. Me voy a mudar: en cuanto pueda me voy a ir de esta pensión y nunca más voy a escuchar los chillidos de ratón violado del niño violinista del cuarto de al lado ni los crujidos presuntuosos de la cama del sátrapa de enfrente ni los gritos aterradores del yugoslavo nuevo a su mujer ni los rezongos altaneros de doña Norma; nunca más voy a tener que soportar los desplantes de este teléfono colgado en la pared. Pero eso no va a ser hoy ni, probablemente, mañana, así que por ahora tengo cuestiones más urgentes. Presentarme en el diario antes de que parezca demasiado tarde, por ejemplo. Lavarme la cara, tomar dos mates, volverme una persona. No parece fácil pero quizá podría. Sí, quizá podría.

Mi vida cambió tanto últimamente: ahora debería llegar todos los días de la semana al edificio de la avenida de Mayo antes de

las once de la mañana, como si los periodistas pudieran llegar a alguna parte antes de las once de la mañana. Como si yo pudiera. Y no es por esa tontería de creerme periodista: yo ya era incapaz de llegar a ninguna parte antes de las once de la mañana mucho antes de empezar a codearme con tantos periodistas que podría confundirme y creer que soy uno de ellos. Hay elementos que ayudan a la confusión: tengo un escritorio –el peor, con más manchas que un tigre y una silla con tres patas y media y una máquina que funciona a media máquina– en la redacción de un diario, el más leído del país; tengo un carnet de ese diario que dice «cronista» al lado de mi foto; ese diario publica mis cositas casi todos los días; ese diario me paga un sueldo a fin de mes; ese diario pretende que llegue a su oficina antes de las once de la mañana, sólo para que no me crea que soy un periodista.

Lo que no cambió en mi vida es ella: siempre igual, siempre sus caprichos. Parece como si necesitara demostrarme cosas todo el tiempo, como si no pudiera vivir sin mostrar a cada minuto que hace lo que quiere. Si estás seguro o incluso segura de algo no necesitarás decirlo todo el tiempo, ¿no? Y además yo ya sé que hace lo que quiere, y estoy hasta dispuesto a tolerarlo; lo que no me parece es que tenga que reafirmarlo sin parar, y que para eso se complique la vida, me la complique a mí. Hay momentos en que no lo soporto; momentos en que no la soporto. Entonces decido que la voy a mandar a la concha de su madre y, por ejemplo, la llamo para verla y decírselo y ella no puede y cuando al fin la veo ya se me pasaron las ganas o el impulso. O la veo y entonces empiezo a encontrar buenas excusas, que para qué me sirve ser tan intolerante, que es mejor verla así que no verla, que dónde voy a encontrar otra que me guste la mitad, que dónde una así de inteligente que me dé esa sensación de que todo el tiempo me hace descubrir cosas que no sabía. Pero también: que estoy harto de esta maestra siruela, que quiero una que no sepa ni una sola cosa que no sepa yo, que me tiene los huevos por el piso. Y entonces otra vez decido

que la dejo pero no. Ya llevo un año así: parece joda, pero la joda es que no es joda. No creo que la aguante mucho más. Un día de estos junto envián y ya va a ver. Aunque, claro, para dejarla tendría que tenerla.

—¡A ver, Andrés, cuando termina con el baño, por favor!

—Sí, doña Norma, ya voy terminando.

—Dele, que no es el único. ¡Habrás visto...!

Por ahora, para practicar, me enfrento al mundo y sus caprichos y el agua del lavabo es casi una bendición en el calor de la mañana de febrero. Y me lavo la cara y los sobacos, el cuello un poco y me miro en el espejo y desvío la mirada, y es entonces cuando se me ocurre la estupidea del día. Lo de la estupidea es un invento del Talanca: mi amigo el catalán Señorans dice que los argentinos no podemos vivir si no se nos ocurre por lo menos una idea estúpida al día, y que para facilitar las cosas hay que llamarla estupidea y que, ya que es inevitable, lo mejor es pensarla temprano, así te lo sacás de encima lo antes posible. Yo, desde que se lo escuché, trato de evitarlo, y muchos días lo consigo, pero hoy no: ¿y si salgo sin sombrero?

(La estupidea, dice mi amigo Señorans, se define como «esa idea estúpida que todos los argentinos tienen por lo menos una vez al día y que consideran lo más genial que se ha pensado nunca, antes de desecharla por idiota». Yo le dije que sintetizara, que lo suyo más que definición es un discurso. Y que no nos envidie tanto, pobre hombre.)

De verdad: lo pensé de verdad. Yo sé que es una gilada, que sería un escándalo, que no puedo llegar al diario sin sombrero

como si fuera un salvaje de Papúa. Algo tengo que tener en la cabeza; por lo menos una gorra, una boina. Pero con gorra voy a parecer disfrazado de ladrón de cuento, con boina un bohemio de caricatura, y sin nada sería un escandalete puro y simple, una provocación abierta, así que la única que me queda es mi sombrero gris de siempre, los chorros de sudor, los picores, el pelo pegoteado al cráneo. No hay forma de evitarlo; sería más fácil conseguir que en verano no hiciera este calor, y eso tampoco es simple.

Buenos Aires, calor de Buenos Aires, sudor de Buenos Aires: veranito porteño. La ciudad hierve: caliente, transpirada, pegajosa, ardida. Es el mejor momento para ser un esquimal exilado en la Antártida, digamos, o en Alaska. Y para colmo, entre las gotas que te enturbian los ojos, lo único que ves son los desastres de la obra para convertir en avenida a la calle Corrientes. Así somos: no hay un mango, la gente se caga de hambre y el gobierno se la gasta en obras inmortales.

Siempre que estén donde todos pueden verlas, por supuesto: en el centro, justo a la vuelta de la pensión de doña Norma, alias mi casa. Es cierto que ahora las trincheras avanzaron un poco: el ensanche de Corrientes ya está a medio hacer pero en los alrededores de donde van a poner el Obelisco, en el cruce con Carlos Pellegrini y la nueva avenida esa muy ancha, esa que están haciendo, el suelo es un campo destrozado por una horda de topos gigantescos: agujeros, más agujeros, otros agujeros, tierra, el bochinche de las máquinas, los gritos de los obreros que no paran de gritar para que parezca que trabajan, las puteadas de peatones y chóferes, las bocinas, el caos. Y tratás de esquivarlo, por supuesto, pero sabés que puede ser peor. Si decidís caminar por las calles de adentro vas a ir pataleando entre más barro, la mierda de los perros, las basuras que los vecinos tiran en la calle, algún borracho trasnochado. Y, aunque no te pase nada de eso, el calor del horno de febrero y sus placeres simples: secarte, por ejemplo, como puedas, con la manga de la camisa que hace unas horas era blanca el sudor

que te cae a chorros por la frente, la nariz, el cuello, mientras te das cuenta de que, por no mirar, acabás de meter el zapato derecho más o menos lustrado en un charco que está a punto de engullirlo y no lo hace por desprecio, absoluto desprecio por los zapatos mayores de edad: un charco pedófilo, se me ocurre, e intento una sonrisa pero no es para tanto. Un charco como un pantano y el zapato cubierto por esa costra color mierda y el pie haciendo ese ruidito clop clop clop a cada paso: no es nada, unos minutos hasta que termine de secarse, pienso, pero no me consuela. A la ciudad, a veces, tampoco la soporto. Ni a ella ni a ella: insoportables. Y no me puedo separar de ninguna de las dos. Raquel y Buenos Aires, mis condenas.

–Esta te va a gustar, Rivita.

–Viniendo de ustedé, jefe...

–No seas gil. Si yo te digo que te va a gustar es que te va a gustar.

Don Guillermo González Galuzzi no parece muy dispuesto a aceptar opiniones encontradas, ni a perderse en un intercambio de ellas. González Galuzzi no ha ganado ni cien gramos: sigue siendo el cuerpo más escaso capaz de transportar una cabeza, un traje viejo y unos pulmones empotrados de alquitrán. Su cuerpo es un sobreviviente: González Galuzzi ha tenido unos sesenta años para arruinarlo y se ve que no ha perdido el tiempo. González Galuzzi, ya aprendí, no soporta que le digan González Galuzzi y siendo, como es, mi jefe y amo y valedor, no me arriesgo.

–Lo que ustedé diga, Guiller. ¿Adónde me va a mandar?

–Mandar, mandar... Si serás desagradecido, desgraciado. ¿Yo cuándo te mandé nada, Rivita? Te voy a sugerir una posibilidad de esparcimiento y disfrute acorde con tus necesidades.

Me dice, me mira, se sonrío: su sonrisa es un prodigio de amarillo y negro, decadencia y agujeros, muerte pura. Pero el mondadientes añejo de su boca sigue ahí, triunfante, puro orgullo.

–Y muy por encima de tus posibilidades.

El jefe está por asustarme. No tiene la costumbre de hacer prólogos; debe ser que la cosa es grave. Trato de que no me note el susto, por supuesto: ya aprendí que, por alguna razón

que todavía no aprendí, los periodistas tenemos que simular que cuanto más retorcido, más oscuro es un asunto, más nos gusta. Ya deben ser como las doce; en la redacción de *Crítica* la mitad de los escritorios está ocupada por esclavos como yo que teclean a toda máquina para cerrar la quinta edición, la que debe salir a las tres. El ruido es rimbombante: tormenta de letras de metal pegando en los rodillos, algunos gritos sordos, un par de teléfonos que chillan. El suelo está blanqueado por la cantidad de papeles arrugados que tiraron los esclavos, artículos que nunca lo serán, pruebas de sus fracasos. El aire está oscuro de cigarros y calor y sudor macho: un chivo extraordinario.

—¡Gallego, esos muertos que tenías en Francia ¿dónde están?!

Grita una voz colérica a varios escritorios de distancia.

—Ahora te los llevo, Negro, ya van, ya van. Dame un...

Le contesta otra, contrita, más a la derecha, acento raro.

—¡No te doy un carajo, Señor! ¿Cuántos son?

—Todavía no se sabe, veinticinco, treinta.

Yo le pregunto con el gesto y Galuzzi pone cara de asquito:

—¿No te enteraste? Otro de esos quilombos en París, la cana mató a unos cuantos comunistas.

—¿Así nomás?

—Una manifestación en el centro. Se pasaron y los pararon a cuetazos. Lo de siempre.

No es lo de siempre, por lo menos no en Francia, pero tampoco es el momento ni el lugar de discutirlo. Mi jefe me lo hace notar con un chiflido. Después, por si no lo entendí, me dice que no le rompa las pelotas, que no intente distraerlo.

—Te decía: algo muy acorde con tu carácter, Rivarola.

—Soy todo oídos, jefe.

—¡La foto, quién carajo tiene la foto!

Grita, más allá, la misma voz colérica —que después explica, didáctico, que necesita la foto de los muertos de París para la tapa y la reputa que los parió manga de inútiles.

–Acá va a ser difícil, Rivita. Pero no te ilusiones, no te voy a llevar a pasear. Rápido, antes de que aparezca otro energúmeno: tenés que irte de putas.

–¿Perdón?

No estoy seguro, pero creo que se me suben los colores: rojo, mayormente, en las mejillas. Espero que, en medio del caos de la redacción, Galuzzi no lo note.

–No te pongas nervioso, Rivarola. Es una sola, una putita sola. Si no te las podés arreglar con eso estás jodido.

Yo respiro hondo e intento mi media sonrisa cachadora. No tiene el menor éxito.

–No te hagas el vivo, Pibe, que se te ve de lejos. ¿Cuántas veces fuiste a un kilombo, vos?

Yo no quiero decirle que una, a mis doce, cuando mi hermano me llevó a debutar. Y que la tarde fue muy rara y que tengo un recuerdo del que siempre desconfío y que la verdad es que no estoy seguro de lo que pasó, nada seguro, pero lo cierto es que nunca más quise volver.

–Algunas, jefe. ¿Usté las cuenta?

–Con los dedos de la mano, sí. De la mano izquierda de todos los gilunes que laburan acá. La que usan para hacerse...

–Yo prefiero no contarlas.

Lo corto, mentón levantado, vista al frente, y me parece que consigo salir del paso.

Fue raro. Los pibes hablaban todo el tiempo de coger y yo ni idea. En mi esquina –supongo que en todas las esquinas– uno no puede decir que no sabe: es lo peor, lo que te lleva a todas las desgracias, las cargadas, el desdén de los pibes. Así que no lo dije: les seguía la corriente, había aprendido a decir qué culo increíble la Petoruzzi se lo rompería a cañonazos, por ejemplo, o a Alicita le chuparía las tetas hasta que me pida de rodillas que se la meta bien adentro, o cómo me calientan las gambas de la panadera pero, la verdad, no tenía idea de qué estaba

hablando. No era fácil: la vida simulando. Así que un día me armé de coraje y le pregunté a mi hermano; mi hermano mayor era mayor y por supuesto que lo sabía todo, pero nunca le interesó ocuparse de mi educación; en esto, menos. Esta vez perdió: no me pudo esquivar cuando lo encaré un mediodía en la esquina, volviendo de la iglesia; él tenía quince y ya había hecho la confirmación; yo, once, casi doce, y la estaba preparando, y le dije que necesitaba saber, que me contara cómo era eso de coger que todo el tiempo estaban hablando los muchachos: que lo necesitaba de verdad, que por favor se lo pedía, que si no me lo contaba le iba a decir al viejo dónde guardaba los cigarrillos que vuelta a vuelta le afanaba.

—¿No me digás que no estás avivado?

Me dijo de pronto, parándose en la calle, como si acabara de descubrir un chancro en mi nariz o un extraterrestre muy mojado. Y después otra vez: ¿en serio me decís que no estás avivado? Y yo tuve que decirle que no, que no sabía qué me estaba diciendo, que justamente ese era el problema, que yo quería saber pero para saber tenía que estar avivado y no sabía y no me avivaba y todo eso y él empezó a cagarse de risa: sos un gil, Andrea, saber es estar avivado, eso es lo que es. ¿Cómo que saber? Yo algunas cosas sé, Stefano. No, tonto, saber de eso. ¿De eso qué, qué es eso? Eso, gil, eso que les hacemos los hombres a las mujeres. Yo tuve que tragarme todo mi orgullo, que a esa altura era poco, y preguntarle otra vez qué es eso que los hombres le hacen a las mujeres y él se rió de nuevo y me dijo si no sabía cómo se hacen los bebés y yo le dije que sabía lo de París y la cigüeña pero la verdad me parecía muy raro, y que si él sabía una mejor, que me contara. Y más se rió, y yo era el payaso del Sarrasani y al final supongo que pensó que ya me había humillado suficiente.

—Andre, no seas gil. ¿Para qué te creés que tenés la pindonguita ahí entre las piernas? Para eso, alcornoque, para meterse-la en la concha a las mujeres.

—¿Y eso está bien, es bueno?

Le pregunté, porque preguntarle qué era la concha me pareció muy complicado.

—Uy, estás peor que lo que pensaba. Claro que está bien, gilún, es lo que los hombres queremos todo el tiempo.

—Qué grande. ¿Y cómo se hace?

Mi hermano resopló, estuvo a punto de darme por perdido y se apiadó otra vez; al recordarlo, ahora, me parece que en una de esas un poco me quería, porque me dijo que me quedara tranquilo, que iba a ver cómo lo hacía pero que si teníamos suerte en poco tiempo me iba a enterar de todo. Yo me quedé nervioso, más que nervioso, atacado del nervio esperando a ver cómo sería, y en la esquina con los pibes gritaba más que nadie y más que nadie andaba diciendo que a la hija del bicicletero le iba a arreglar las gomas y que a la maestra le iba a enseñar a galopar en bolas y tantas otras frases que me había inventado combinando las que oía; los pibes me las festejaban con entusiasmo y sin rencores. Y unas semanas después mi hermano me llamó a la cocina en un momento que estaba vacía —raro que estuviera vacía, porque la radio estaba en un estante ahí— y me dijo que había hablado con un amigo suyo y que me iban a enseñar cómo eran esas cosas. ¿Cuándo? Este sábado, vamos a ir de tarde para que no se note tanto.

—¿Y yo qué tengo que ponerme?

Mi hermano me miró con pena, escupió de costado. Yo para entonces ya había cumplido doce y era bastante alto, parecía de catorce o quince. Así que no tuvimos mucho problema para entrar a esa casa, a la vuelta del parque Lezama; en el patio, luz de día, diez o doce señores de todas las edades esperaban, fumaban, charlaban entre ellos. Nosotros llegamos y mi hermano le habló a una señora bastante gorda, alta, grandota, vestida de negro, que estaba sentada en un sillón en una sala al costado del patio; la señora me miró, me sonrió, le dijo que no se preocupara, y mi hermano le dio unos billetes. La señora era alta, me llevaba una cabeza, pero se me acercó, me preguntó mi nombre —le dije Andrés, no Andrea— y me agarró de la mano

y me arrastró p'al fondo, una puerta, una pieza, una cama en el medio, un tocador en un costado y una palangana, mucha sombra. No te preocupes, me dijo, yo te voy a llevar; esto es más fácil que bailar un tango.

Yo todavía no bailaba, pero fue casi cierto. La señora de verdad me fue llevando, me dijo que me desvistiera, me agarró de la cosa, me dijo que la tenía bien hecha, se sacó el vestido y se quedó en combinación, me agarró una mano y se la puso en sus tetas, yo casi la saco pero no la saqué y ella me las hizo tocar y tocar y después se tiró panza arriba y me llevó al lugar donde tenía que ir y yo estaba asustado pero me había dado confianza así que me dejé y cuando quise darme cuenta estaba sintiendo algo que no había sentido nunca, un calor, un mareo, una alegría que no me conocía. Creo —no estoy seguro— que pegué un par de gritos. Después la señora se puso el vestido, me dijo que yo también me volviera a vestir, salimos, fuimos al rincón del patio donde me esperaban mi hermano y ese amigo suyo, Gaetano. Y la mujer les dijo que había sido fácil y agradable, que este chico ya tiene lo suyo y lo que va a tener, les dijo, y se inclinó para darme un besito en la mejilla y se fue; desde la puerta del salón me sonrió y me saludó con la mano. Cuando salimos a la calle mi hermano y su amigo se reían y me pegaron coscorriones y me dijeron que ahora sí ya estaba bautizado, y se rieron más y más; yo estaba muy contento de haberlos puesto tan contentos. Pero después, cuando llegamos a casa, casi me dio un patatús: quería acordarme de la señora y me di cuenta de que no sabía su nombre. No le había preguntado su nombre, no sabía. Pensaba en ella, pensaba en sus tetas, pensaba en lo que había hecho con ella y otra vez la pindonga se me ponía dura y yo me la agarraba pero no podía pensar del todo porque no tenía el nombre. Le puse muchos nombres, le pensé muchos nombres pero ninguno le quedaba. No podía parar de pensar en ella y tampoco en que no sabía su nombre; en la escuela, en casa, en todas partes pensaba en ella y en cómo se llamaba.

Al final le pregunté a mi hermano. Había querido evitarlo para que no me burlara, pero no veía otra salida, si no lo averiguaba me iba a volver loco. Así que se lo pregunté y él me miró y soltó la carcajada y me dijo, como siempre, no seas gil, Andrea, esa parte no la entendiste bien, las putas no tienen nombre, no hay que acordarse de sus nombres, nabo; las putas son para olvidarse.

—Bueno, dejémonos de hablar pavadas, Pibe. Tenés que ir a este piringundín que dice acá. El Farol Colorado, se llama, en la Isla Maciel.

—¿El Farol Colorado? Eso parece un boliche para ferroviarios.

—No te hagas el vivo, Pibe, que no te sale bien. Lo único que demostrás es tu ignorancia: para la gente educada, el Farol Colorado es más famoso que la Casa Rosada. Así que te vas ahí y preguntás por la Dorita. Acordate, Dorita, una polaca.

—¿Y cómo sabe que nació en Polonia?

—No, una polaca te digo, una polaca.

—¿Y yo qué le estoy diciendo?

—¿En serio no sabés lo que quiere decir polaca, Rivarola?

—Sí, una persona que nació en Polonia.

—No sabés lo que quiere decir polaca. Sin ánimo de ofender, es una puta barata.

—Lo veo desdeñoso, jefe.

—No, nada personal, te digo lo que es: una puta más barata que otras. Pero me mandaron decir que esta tiene una historia que nos va a dar vuelta como un guante.

—¿Qué historia, jefe?

—La de San Martín y el cruce de los Andes. Qué sé yo, Rivarola. Si la supiera no te mandarí a ir a buscarla, ¿no?

—¿No era que usted no me mandaba?

—¿Y no era que vos me ibas a chupar un huevo?

Estuve a punto de decirle que si era eso lo que quería mejor me acompañara, pero a veces, muy pocas veces, sé callarme la boca.

-¿Me consigues plata para un taxi, jefe?

-Cómo no. ¿Y de paso querés que te lustre los zapatos antes de salir? ¿O preferís que te prepare la viandita?